

Vamos para Panamá noche oscura y catarsis

"Cuando emprendas tu viaje a Itaca pide que el camino sea largo, lleno de aventuras, lleno de experiencias... Aunque la halles pobre, Itaca no te ha engañado. Así, sabio como te has vuelto, con tanta experiencia entenderás ya qué significan la Itacas".
Cavafis, ITACA

FRANCISCO RODRÍGUEZ
BARRIENTOS

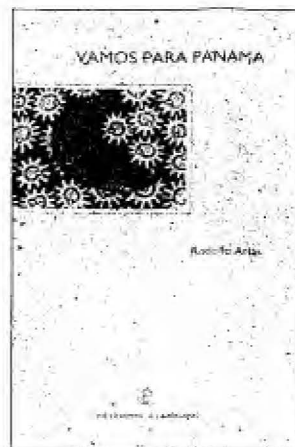
■ Con las excepciones del caso, nuestra actual narrativa carece de garra, fuerza y vitalidad. Algunos han denominado "light" o liviana a este fuego de artificio literario. Es una lástima porque estamos lejos del áureo periodo que produjo *Puerto Limón*, *Marcos Ramírez*, *El sitio de las abras y Murámonos*, *Federico*, y sobre todo, la obra cumbre de la narrativa nacional: *La ruta de su evasión*. Donde no hay coraje ni se deja correr riesgos difícilmente se producirá una literatura de valor. Estar al día puede dar sus réditos cortoplacistas,

como la ideología económica que nos sojuzga, pero también impulsa al vacío de la intrascendencia, de la insignificancia. Y este mal está bastante generalizado.

No es el caso, afortunadamente, de todos. Rodolfo Arias nos acaba de brindar un buen ejemplo con su segunda novela, *Vamos para Panamá*, que Editorial Alambique editó recientemente. Pero, ¿qué es *Vamos para Panamá*? En primer lugar, lo que ya es mucho, una buena novela. En segundo lugar, un ajuste de cuentas existencial con la Costa Rica contemporánea, una especie de "descenso al Hades", donde se respiran las miasmas y los detritus de

una sociedad en avanzado estado de descomposición. En tercer lugar, una novela que les permita a sus personajes al conocimiento de "otras voces, otros ánimos", así como ponerse a prueba a sí mismos, conocer sus fuerzas internas, sus propios límites conduciéndolos a buscar su ser más íntimo, la propia identidad, el sentido de su vida individual, familiar y social.

La familia Abarca emprende un viaje a Panamá. El viaje -antiguo motivo en la historia literaria desde el *Gilgamesh*-implica riesgos, peligros, pero asimismo posibilidades, potencialidades, re-conocimientos, renacimientos. Justo en los altos páramos del Cerro de la Muerte una avería mecánica. Las peripecias subsiguientes -agravadas con el extravío de Miguel, el hijo menor, buscador impenitente de lagartijas-, son la perfecta excusa para que el



autor, usando con destreza los monólogos interiores y un lenguaje depurado y preciso, profundice en todos los conflictos que se desatan como una jauría hambrienta en el alma de los Abarca.

Miguel Abarca, padre, dominado por el remordimiento, solo tendido en una cuneta de la carretera, soportando el frío, el viento y la lluvia, inicia una largamente postergada odisea hacia su propia alma. The rest is silence. Parece como un nuevo eremita, aquellos buscadores de lo absoluto en medio de la soledad del desierto. ¿Qué deseaban? Probarse a sí mismos, conocerse. Los páramos del Cerro de la Muerte son el marco físico equivalente, el otro desierto. Miguel se sumerge en su noche oscura del alma, sólo que él no busca a la Divinidad como los místicos, sino su verdad. La que poco a poco se le revela y se nos revela -amarga y cruel. Ese paisaje -noche, silencio, viento, lluvia-, no es sólo físico, sino también existencial y metafísico, y es el ámbito adecuado para una rimbaudeana "estancia en el infierno".

Alguna vez en la vida todos nos vemos en una estadía semejante. En la soledad de la noche, en me-

dio del viento ululante y de la lluvia que hace crujir sus huesos, Miguel se sumerge en las tinieblas de su ser. Ni siquiera está seguro de quien fue su padre. Este incertidumbre, esta dolorosa inquietud, siempre soterrada, siempre silenciada, nunca asumida, se vuelve ahora lancinante. ¿Qué ha hecho con su vida? ¿Tiene sentido su vida? ¿Qué pasó con sus sueños? ¿Adónde se fueron sus viejas ilusiones de adolescencia? ¿Qué le espera ahora, una vez que su juventud ha quedado definitivamente atrás, en medio de un mundo que se derrumba y al que ya no reconoce como suyo, en una sociedad en crisis? Su voz dolorida se une a la del viento nocturno.

Pero Miguel descubre que no está solo. Sí, esa voz es la de Miguel, su pequeño hijo perdido, y sube hasta él. Maritza y sus dos hijas también se acercan, descendiendo abrazadas, gritando en un paroxismo febril. Ascenso y descenso. Miguel ombligo y centro. Los monólogos componen ahora una polifonía frenética. La soledad no es una condena inevitable. La novela termina en un logrado clímax.

Como en toda experiencia interior verdaderamente profunda, sólo quedan las ascuas de lo esencial. Y lo esencial no son las cosas, el consumismo (a Panamá, como a Golfito, se va en busca de cosas, de objetos), sino los lazos humanos surgiendo del afecto, de la ternura, de la piedad y del amor. Este ámbito es el que permanece de pie, incólume después de los grandes cataclismos del espíritu. Después de todo, las dudas son el privilegio de las almas fuertes.

Roto el fetiche, caídas las máscaras, sobrevive la

esencialidad humana, limpiada y transparente después de las grandes lluvias. Ahora somos otros, un poco más sabios, más plenos, más humanos. La dura experiencia interior brindada por el viaje (exterior e interior) nos ha sensibilizado, espiritualizado, humanizado. Entonces "podemos comenzar", palabras finales del monumental *Paradiso* de Lezama Lima, el inmenso fauno habanero.

El uso que el autor hace del monólogo es impecable. Sus frases son cortas y concisas. Arias tiene un fino oído para los tonos del habla popular actual. Con ella logra una magnífica caracterización de sus personajes, todos entrañables, desnudos, esenciales en esa experiencia radical de sus vidas.

Como toda obra literaria de valor, y a manera del famoso espejo de Stendhal, *Vamos para Panamá* es un reflejo de la Costa Rica en crisis. En los personajes se manifiestan las torturas existenciales, anímicas y morales de una sociedad que hace aguas. El simple apellido de la familia (Abarca) vindica veladamente a toda la colectividad perdida en la noche, a la intemperie, presa de angustias y dudas, mientras el frío y la lluvia exacerban una soledad que no haya salidas ni respuestas. Estos son los momentos cuando una sociedad se hace fuerte, sabia o termina perdiéndose.

Por eso pienso que la lectura de esta novela no es catártica. En las incertidumbres, fracasos y sueños de los personales nos reconocemos. Tan sólo resta saber si también tendremos su honestidad y entereza. Emprendamos de una vez el viaje *Vamos para Panamá*.